

# EDITORIAL

## Entrevista a Semmelweis

---

El húngaro-alemán Ignaz Philipp Semmelweis, nació en Budapest en 1818 y murió en Viena el 14 de agosto de 1865. En febrero de 1846 ocupó el cargo de ayudante en la primera clínica de obstetricia de Viena.

Dejemos que sea el mismo Semmelweis quien nos cuente algunos detalles de su descubrimiento.

—Profesor Ignacio.....

—¿Quién me requiere?

—Profesor. Interesados en su importante aporte para la medicina en el campo de las infecciones, nosotros, médicos de principios del siglo XXI, hemos querido visitarlo y hacerle unas preguntas.

—¡Qué gusto saludarlos!. ¿Puedo preguntarles algo yo?

—¡Claro!

—Me he dado cuenta que las infecciones ahora las combaten con unas sustancias llamadas antibióticos. ¿Han dado mejor resultado que lavarse las manos?

—Profesor, lo uno no excluye lo otro. Lavarse las manos sigue siendo la regla de oro en todos los procesos de asepsia. Los antibióticos colaboran en la prevención y en las infecciones ya establecidas.

—Bueno señores, muchas gracias por su explicación. Ahora sí pueden preguntarme. ¿Qué desean saber?.

—Antes de entrar en materia, le comentamos que la idea de entrevistarlo surgió de un grabado que su colega Carlos Alberto Gómez hizo en su memoria y lo ha titulado: “Tres ‘momentos’ en el lavado de manos del cirujano”.

—Me he dado cuenta que el Doctor Gómez estaba haciendo ese grabado y mientras lo realizaba, me sentí halagado de que tantos años después me recordaran. Digo esto porque en mi tiempo fui objeto de burlas de parte de mis colegas más prestigiosos y decían que lo mío no servía para nada.

—¿Pero qué fue lo que lo inquietó tanto en el manejo de sus pacientes?

—La gran mortalidad de las parturientas. Era del orden del 11%. Pero me llamaba la atención que en la sección donde atendían las comadronas, era de apenas 1%.

—¿Qué hizo entonces Profesor?

—Nada. No entendía nada. Practicaba todos los días autopsias de las mujeres muertas. Siempre lo mismo: supuraciones en la matriz, en el hígado, en el bazo, ganglios linfáticos, peritoneo, riñones y meninges.

—¿No descubría la causa?

—Consultaba con mis amigos Markusowszky, mi compañero de habitación y con Kolletschka, catedrático de medicina legal. Todo quedaba sin la menor explicación, todo era dudoso. Sólo el gran número de muertes era una realidad indudable.

—¿Que sucedió luego?

—Salí de vacaciones. Cuando regresé se me informó que Kolletschka, mi amigo, había muerto...

—.....

—Me sorprendí, pero al indagar sobre la causa de su muerte, Rokitansky me contó que un estudiante, involuntariamente, hirió a Kolletschka con un bisturí en el brazo. Al día siguiente en la noche presentó fiebre y escalofríos. Pocos días después murió en un estado febril.

—¿Qué explicación se le dio a su muerte?

—Pedí el informe de su autopsia y me sorprendió su similitud con la de una parturienta fallecida. Supuración e inflamación de las glándulas linfáticas, de las venas, de la pleura, del peritoneo, del pericardio y de las meninges. Lo que se impuso por encima de todo en mi excitado espíritu con una irresistible claridad, fue la identidad existente entre la enfermedad que se llevó a mi amigo y aquella bajo cuyas garras vi morir a tantos centenares de parturientas.

—¿Qué conclusión sacó entonces profesor de esa similitud?

—Si mi amigo Kolletschka murió de lo mismo que esas pobres mujeres, ¿no sería que mis estudiantes y yo estábamos llevando en nuestras manos las sustancias infectantes, desde la sala de autopsias a nuestras pacientes al examinarlas? Las mismas sustancias que le habían introducido a mi amigo involuntariamente y le habían causado la muerte de la misma manera que a las parturientas. Por esto la mortalidad en la sala atendida por la comadronas era tan baja, pues ellas no hacían autopsias y no se contaminaban. ¡Sólo Dios sabe el número de mujeres que por mi causa han bajado a la tumba prematuramente!

—¿Qué hizo entonces Profesor?

—Coloqué un aviso en la puerta de la clínica que decía: “A partir de hoy, 15 de mayo de 1847, todo médico o estudiante que salga de la sala de autopsias y se dirija a la de alumbramientos, viene obligado antes de entrar en ésta a lavarse cuidadosamente las manos en una palangana con agua clorada dispuesta en la puerta de entrada. Esta disposición rige para todos. Sin excepción”. Y estampé mi firma.

—¿Atendieron su recomendación?

—¡De mala gana y a veces no lo hacían! Perdí el buen genio y tenía que vigilar y reprender a quienes no querían lavarse las manos.

—¿Resultados?

—En pocos meses bajó la mortalidad de 12% a 3%. Seguía siendo alta pero estaba satisfecho. Pero oigan esto: una mañana encontré a 12 parturientas con fiebre puerperal de las cuales murieron 9.

—¿Por qué?. ¿No se lavaron las manos antes de examinarlas?

—Sí se las habían lavado. ¡Eso era lo extraño! sin embargo, descubrí que una de las enfermas tenía un carcinoma pútrido en el útero y las habíamos examinado a todas ¡sin lavarnos entre una y otra!!

—¿Conclusión?

—Era evidente. Las sustancias infecciosas no sólo se transmitían de muertos a vivos sino entre un enfermo y otro.

—¿Qué medidas tomó entonces?

—Exigí el lavado de manos entre un examen y otro. Vigilé la limpieza de los instrumentos y aislé las pacientes infectadas.

—¿Mejoraron las cosas, Profesor?

—¡Imagínense!. ¡Por primera vez logramos una mortalidad del 1.3%!

—Profesor, los resultados nos parece que le daban toda la razón y lograba usted algo extraordinario. ¿Publicó sus resultados?

—Les confieso, era más bien torpe para escribir o dar conferencias, me consideraba un inhábil para eso, pero sí le comenté a mis maestros Skoda y Hebra. Me insistieron en que escribiera pero me costaba trabajo. Sin embargo Hebra escribió y salió publicado en el número de diciembre de la revista de la Real e Imperial Sociedad de Medicina de Viena.

—Suponemos que sus recomendaciones fueron aceptadas por el mundo médico de entonces

—¡No!, no , no ,no. Se burlaron de mí. Sólo Haller, médico de la Sociedad Vienesa de Medicina y Skoda defendieron mis ideas.

—¿Qué hizo entonces?

—Skoda y Hebra me insistían que expusiera mis ideas y, finalmente, venciendo el miedo, las expuse ante la Real e Imperial Sociedad de Medicina de Viena. Es más , hice tres exposiciones en fechas diferentes –un poco torpes- pero logré que aceptaran mi propuesta.

—¡Un gran triunfo para usted!

—En teoría, porque mis propuestas no fueron acogidas.

—Pero habían sido aceptadas.

—Una cosa es que reconozca su beneficio la Sociedad de Medicina y otra muy distinta que sean acogidas por todos.

—¡Tiene razón!. ¿Desistió entonces?

—Momentáneamente me sentí desilusionado de que todo mis esfuerzo fuera en vano e inclusive fui rechazado en Viena, entre otras cosas, por envidias. ¡Ah! La naturaleza humana no siempre opta por el bien sino por sus propios intereses. Klein era un mezquino.

—¿Quién era Klein?-preguntamos.

—Klein era el director de la clínica donde yo trabajaba. No quiso renovarme el contrato de trabajo y siempre me hizo la guerra. Resolví marcharme a Budapest.

—¿Qué sucedió en Budapest?

—Llegué allí completamente desilusionado y con la idea de que mi lucha era inútil. Tuve una caída que me incapacitó un tiempo. Sin embargo, en 1851 me vinculé a la sección de obstetricia del Hospital San Rafael de Budapest y de nuevo inicié mi lucha, al ver que las parturientas seguían muriendo por centenares y por las mismas causas. Después de 6 años de lucha logré obtener una mortalidad de sólo 1% entre 933 parturientas.

—Profesor, pero fue un nuevo logro y muy convincente.

—Ustedes lo sienten convincente, pero no mis colegas que eran los más cabeciduros que existían sobre la tierra. Recordé a Skoda y a Hebra y escribí en 1860 un trabajo titulado: “Etiología, concepto y profilaxis de la fiebre puerperal”.

—¿Con ese trabajo logró su cometido?

—¿Cree usted que alguien leyó con interés mi escrito? Nadie.

—¿Cómo reaccionó usted Profesor a esa indiferencia?

—Resolví escribirles a los más importantes obstetras europeos de la época: Scanzoni, Siebold y Späth.

—¿En qué tónica?

—Oíganme lo que le escribí a Scanzoni – y sacando del bolsillo interior derecho de su saco un papel escrito procedió a leerme: “ Su teoría señor consejero, se basa en los cadáveres de las parturientas asesinadas por la ignorancia. Si usted tiene por errónea mi teoría, le desafío a que me comunique las razones que le inducen a ello....pero si usted, señor consejero, sin haber refutado mi teoría, sigue enseñando a sus alumnos y alumnas la doctrina de la fiebre puerperal epidémica, ante Dios y ante el mundo le acuso de asesino...”

—Alguna...

—Espere -me interrumpió- le leo la que le escribí a Siebold: “Me unen a usted recuerdos agradables, señor consejero, pero los gemidos de las parturientas moribundas ahogan la voz de mi corazón... Yo opino que la fiebre puerperal se produce a causa de un contagio; y el año de 1848 envié 45 parturientas al depósito de cadáveres. Gustav Braun opina que la fiebre puerperal es de origen epidémico y con ayuda de sus ignorantes alumnos envié 400 parturientas al depósito de cadáveres en 1854, es decir, seis años después de 1848....Si no tuviera otra disyuntiva que dejar morir todavía innumerables parturientas que pueden ser salvadas, o evitarles la muerte relevando de sus puestos a todos los catedráticos de obstetricia que...no quieren o se muestran incapaces de aprender mi teoría, me inclinaría por la destitución de todos los catedráticos, porque tengo la convicción de que cuando se trata de evitar el asesinato de miles y miles de parturientas y lactantes, unas docenas más o menos de catedráticos no importan en absoluto...No compartir mis opiniones vale tanto como ser un asesino...”

—Profesor, vemos que sus cartas son un poco duras y pudieron causar más de una molestia.

—Desde luego que lo eran. ¿Pero qué más podía hacer yo contra la insensatez de mis colegas? Se que esto se me volvió una obsesión y me tildaron de loco.

—¿Por qué dice que una obsesión? Entendemos que todo era fruto de un convencimiento basado en la experiencia, y además reproducible.

—¡De acuerdo!. ¡Pero hice todo lo habido y por haber y nadie me hacía caso!. Por eso escribí con rudeza las cartas que les leí...

—Profesor, sepa que su lucha no fue en vano. En los siglos XX y XXI sus propuestas han sido respetadas y acatadas.

—Lo se, es lo único que me anima, que mi lucha finalmente no fue en vano.

—¡En absoluto!. ¿Y de su obsesión? ¿Por qué, obsesión?

—Entiéndanme mi desesperación. Luché y luché sin respuesta. Y reconozco que padecía una obsesión que rayaba en la locura.

—¿En la locura?

—Qué, si no locura era mi actitud. Juzguen ustedes. Sufrí una especie de parálisis e irrumpía en llantos convulsivos. Continuaba escribiendo mis cartas abiertas a mis colegas, y no contento con esto, detenía en plena calle a las parejas de enamorados y les suplicaba que cuando necesitaran ayuda de algún obstetra, le insistieran que se lavara las manos con agua clorada. Sufría ataques de ira y terminé recluido en un sanatorio para enfermos mentales en 1864.

—Profesor, murió usted el 14 de Agosto de 1865. ¿Cierto?

—Exactamente. Voy a contarles cómo pasó. Desde el otro lado del umbral, y un poco compuesto de mi locura, puedo hacerlo. ¡Fui víctima de mi propio descubrimiento!. Me había herido un dedo en una autopsia en Budapest y me infecté. Contraí fiebre y escalofríos y empecé a delirar; pocos días después, entregué mi alma al Señor. Y mi autopsia -igual a la de mi amigo Kolletschka y a la de tantas parturientas fallecidas por mi culpa y por culpa de mis colegas que por tanto tiempo no me hicieron caso-, demostró inflamaciones y supuración en todas partes.

—Profesor, muchas gracias por recibirnos

—¡Ha sido con mucho gusto! Gracias por acordarse de mí. Sigo en mi reposo eterno, pero tranquilo, porque mi lucha no fue en vano.

—Adiós...

—Adiós..

**Mario Melguizo Bermúdez**  
*Editor*

## REFERENCIA

Redención. Manos Sucias. En: Thorwald Jürgen. El Siglo de los Cirujanos. Gráficas Marina,S.A.: Barcelona 1958 p.p. 249-267